

SANTIAGO IXCUINTLA

SANTIAGO IXCUINTLA

EN una fría mañana de invierno, aun no disipada la neblina que envolvía los campos, desmonté, tras larga noche de caminar en diligencia desde la ciudad de Tepic, en la parte seca del álveo arenoso del río Grande, á un paso de la corriente; busqué con la vista por la margen opuesta, á través de la niebla despartida, la villa de Santiago Ixcuintla, y descubrí la torre azul del templo recortándose en el verde fondo de un herboso montecillo, El Calvario, y algo del caserío, cuyo conjunto no se abarca viendo desde aquella parte.

Seis días antes había surcado en frágil barquichuelo el mismo río, en El Paso del Yesquero, cerca de su confluencia con el de Bolaños, entre montañas ásperas y altísimas, en donde se desliza resonando al saltar por una fila de peñas de su cauce. Atravesese de nuevo, en una longuísima canoa, movida á palanca por un barquero de pie á popa. La niebla se levantaba ya del río, acumu-

lándose hacia el oriente, y el sol, salido poco antes, entre el cirro aparecía sin brillo: era una opaca bola que pude ver y mirar toda la travesía. Imperceptible entonces la inmensa distancia del astro; se presentaba envuelto en la neblina, suspendido entre ésta, como á treinta metros de la barca.

En la otra margen salí á un muellecito de madera que apenas si se extendía tres pies sobre la corriente, y entré en la florida villa.

Su primera calle me pareció, como nos parecen las de casi todas las poblaciones cuando las conocemos ó tornamos á ver después de larga ausencia, estrecha, de casas bajas y frontis descoloridos. La encontré un tanto animada: gente á pie y á caballo llegaba por el camino á que da entrada y por el embarcadero, y algunos porteadores conducían cargas en borricos y en carretillas de mano y de una rodezuela. Por la calle adelante iban con canastas al mercado en que desemboca, ó venían de éste muchachas rollizas y relamidas,

Volviendo á la derecha en la primera encrucijada, entré en uno de los soportales de la plaza principal, la que es cuadrangular, rodeada de pórticos y de portalería que con éstos contrasta por su techo á tejavana y descansando sobre columnas de altura, espesor, forma y color desiguales, á gusto del propietario de la casa respectiva. Había grupos de campesinos dentro y fuera de las tiendas: la actividad comercial de las primeras horas de la mañana, y de una mañana de día festivo. En seguida pasé á otro soportal, y luego á la calle de

Gutiérrez, donde se hallaba la Casa de Diligencias; calle la más larga de la villa, y, en apariencia, terminada á lo lejos en arboleda. También en esa calle se notaba la animación del domingo: matronas y doncellas vestidas con aliño, rozagantes, y niños con los botitos aluciados y el traje nuevo discurrían con dirección á la parroquial, en cuya torre sonaba una campana. Veíanse muchos rostros alegres, muchos abanicos y libritos dorados.

Era la Casa de Diligencias, vetusta y triste, estrecha en todos sus compartimientos, de techumbres bajas, las tejas, el caballete, las riostras y los jabolones descubiertos, los muros descascarillados, manchados y llenos de redondas telarañas, otras largas y gruesas de tejenerías colgaban del tejado cargadas de tierra; las alcobas, más estrechas aún, más sucias y taladradas de agujeros, manidas de enormes ratas; los muebles toscos, sin pintura y viejos. Parecía casa por muchos años abandonada, y vuelta á habitar ese día; mas no todas las de Santiago estaban así, como por su aspecto se podía juzgar de las que había visto.

Al siguiente día de llegado, hube de conocer la villa, recorriéndola hasta sus alijares; de la población principal á la barriada que al oeste la prolonga, construida de rústicas barracas de palmera enana; los muros de negruzco estípite, y de hojosas ramas ó de tejas los techados, como en todos los lugarejos del contorno, y rodeadas de corralizas, de estípites también, donde bajo amapas, guamúchiles y tamarindos se ordeña la vacada, se saíma

el gocho y se da pasto á la *remuda*.

En adras desiguales de casas de mil colores, verdes, azules, amarillas, rosadas, morachas, dividen la población principal sus quince calles, rectas unas, ligeramente onduladas otras; escondiéndose á distancia un acera, y descubriéndose la otra en suave incurvación. Y de sus dos cerrados jardiniillos en los planteles triangulares, ovales, rectangulares, cubiertos de hierba menuda y florecillas, se levantan allosos, tabachines, naranjos y cocoteros, entre el follaje de plúmbagos, tulipanes, mosquetas, espíreas, marbeles, resedas, nardos, heliotropos y heliantos. Circuyen el andén de cemento terso y reluciente, opulentos camichines, sombrando, en el ardor del día, los bancos al pie colocados, y, en las noches de luna,

«Bañando en dulce lobreguez el suelo.»

Orillas de la población, entre setos que forman largas calles, casi cubiertos de cocombros, peonías, cuamecate, náucleas y otras trepadoras, hederáceas las más, que medran en ellos, se hacen huertos espaciosos; bosquecillos de bananos, papayos, mangos, guanábanos, ciruelos, toronjos, cafetos y cocoteros. En las riberas del río se producen, en extensos bancales, la sandía y anana; y entre un bosque y otro tornasola los campos de morado, blanco y oro la eflorescencia del tabaco y algodonero, y verdean las sementeras de maíz, en cuyas abesanas maduran dos cosechas anuales, y la caña

alcanza altura descomunal, hasta encubrir hombres á caballo y aún las chozas más altas.

A mi paso por las calles me encontraba con algún grupo de chiquillos de la escuela elemental, provistos de bolsa de libros y limeta de agua al cuello; con aguadores del río y de las Lomas, moviendo jadeantes, sudorosos, carretillas de una rodaja y seis cántaros, ó guiando carritos con aguaderas, compuestas de una especie de rejilla sobre el eje de dos ruedas con diez y ocho cántaros. Contesto al saludo del labriego, del mayoral que van al trabajo armados del gurvio y pesado machete con que el uno artiga los campos, y asendere el otro en los espesos montes, abriendo brecha á su caballería en pos del ganado que penetra por las espesuras; y al saludo del carretero, que vuelve de los barbechos, caminando con su aijada al hombro, adelante de los bueyes mansejones, que tiran de la carreta, encórvados bajo el dentejón.

Visto desde el montículo, es maravilloso el panorama del dilatado valle de Ixcuintla:

Al norte los cerros de San Pedro ó La Punta y Coamiles; al nordeste las Lomas de Ixcuintla; más lejos la Sierra Madre y sus ramificaciones, formando un vastísimo anfiteatro abierto hacia la costa: altísimas cumbres, cuya elevación va gradualmente deprimiéndose á medida que se aproximan al Grande Océano: descollando entre todas al sudeste, la mole gigantea del Zangangüey, con su doble teso conoidal y su tormo en medio.

Al alborear, se dibuja la cordillera sobre la débil

claridad eoa, y aparece más oscura, sin que se distinga de su forma, sino su delineación, su perfil superior, y se asemeja, en toda la extensión de levante, á negro nubarrón compacto que se eleva hasta el cielo, amenazando descargar sobre la tierra una tempestad devastadora. A medida que esclarece, va perdiendo la sierra la negra obscuridad que la envuelve ante la claridad del día que allende despunta, y empiezan á distinguirse sus montañas, sus colinas, sus vertientes, los contornos y el verdor de su vegetación; y, al fin, sobre los picos azulosos refulge el sol entre arreboles de oro; los campos y arboledas cismontanos resplandecen esmaltados de más vivos colores; cantan innúmeros gallos; despierta la villa, y en alegre ruido y movimiento se tornan la quietud y el silencio de la pasada noche.

El anchuroso valle se presenta todo á la vista, limpiísimo; bajo el cielo zafirino, una extensión de mil doscientas leguas cuadradas, llena de lujuriantes verdura é inundada de luz; abierta hacia el oeste, en cuya lejanía se divisa el mar cerulescente, unido al cielo.

Asiéntase en el centro del valle, Santiago Ixcuintla: al pie del altozano, entre copudos árboles, colorea sus tejados medio ennegrecidos; se muestran hastiales, puertas oscuras, aceras completas, portalerías, calles alineadas, y desaparece la barriada occidental bajo los árboles de sus corralizas y de los huertos circunvecinos.

Al oriente corre la carretera de Acaponeta; se

pierde á poco en una arboleda, y vuelve á aparecer, para ocultarse en otra. Alderredor de la villa y del montículo se ven heredades asurcanas, deslindadas con filas de árboles ó de matas: pradecillos color de rosa, cortinales artigados, terrazgos cubiertos del verde oscuro de los algodoneros, ó del verde claro de los maizales tiernos que desde lo alto figuran fresca y menuda alfombra, y otros sin cultivo, cenicientos, donde los árboles diseminados parecen tocar en la tierra con su copa semiesférica. Más allá no se percibe sino un verde uniforme: el valle cubierto de arbolado, como si fuese todo una selva inhabitada; desapareciendo bajo sus frondosidades todo lo que enciera. Si la vista pudiese penetrar desde allí, á través de aquella espesura, descubriendo cuánto oculta, como si el valle estuviese despoblado de sus lóbregos boscajes, veríamos brillar al sol los cinco ríos copiosos que le fertilizan, como son los de Santiago, de Guaristemba, de San Pedro, del Bejuco y de Rosamorada, siguiendo entre meandros su rápido y callado curso para el vecino mar; los arroyos que les dan tributo; los lagos y apartadas marismas; los pueblos en el valle esparcidos; sus cien cortijadas, con sus alquerías, dehesas y rebaños, sus almunias y sembrados, sus carreteras y polvosos senderos que le atraviesan en todas direcciones, ondulando entre la tupida maleza de güinoles, tacotes, gegitos y jarretaderas, de la que sobresalen guamos, obos, mataisas é higueras salvajes, pobladas de tångaras azules, calandrias y urracas.

En otoño é invierno al amanecer, el valle se ve desde la altura como gran laguna, en cuyas aguas hubiese arboleda y matorrales: dispáse la vaharina hasta descubrir el follaje, y queda ocultando troncos, sembrados y praderías.

Tras ochocientas millas de curso entra en el valle el río Grande de Santiago, salido de las asperezas de la Sierra Madre, cerca de las ruinas del antiguo pueblo de San Cristóbal de Ixcuintla, y tuerce su curso hacia las Lomas de este nombre; lo cambia después en dirección á la villa de Santiago, formando antes de acercarse á ésta una extendida mejana, y al opuesto lado del montecillo se desliza mansamente junto al caserío, en un lecho de arena y menudos callaos, rápido, profundo, silencioso, dejando algunos remansos. Al término de la villa tuerce do nuevo su curso, y se pierde de vista en la verdura.

En los estíos, su corriente llena el anchísimo cauce, que junto á Santiago es de cuatrocientas yardas de una á otra margen, y en algunos parajes inunda los campos. Los cortijos del valle que asientan su caserío en las riberas, quedan solitarios, inhabitables: entrado el estío, los aperos se guardan; los labradores emigran, y se hace el desierto en aquellos parajes, hasta demediar el otoño en que de lejos regresan á las siembras; hasta la entrada de potreros. Desaparecen las cabañas de estípites y hojas de palmera cercanas á la vaguada; la lluvia las destruye, y las arrastra la corriente. Las más distantes se anegan, y, sumergidas toda

la estación en el agua, son moradas de caimanes y tiburones. Los ganados huyen de aquellos oscuros bosques en lagos y cenegales convertidos. Los caminos se borran; la maleza crece en ellos, y hay que abrirlos de nuevo desmontando.

Llega el aluvión, y á distancia de las márgenes corren hiladas de copos de espuma, cuya blancura contrasta con el color terroso de las aguas revueltas, y pasan ramas y troncos de árboles que arrastra el río desde la sierra. Los habitantes de las casas ribereñas, para acopiar madera, se sitúan en el margen, dispuestos á arrojar al agua. Aproximase un tronco, y se precipitan en su seguimiento, nadan un poco, lo abrazan, lo sacan á la orilla y en breve vuelven á arrojar por otro. Algunos se apoderan de los troncos lazándolos desde la vera; otros en una canoa atracada y sujeta á aquélla, toman los palos que se acercan, hasta llenarla, y los transportan muy gozozos de haber ganado en un momento lo que les habría costado un día de fatiga, hacheando en el monte, bañando de sudor y ardiendo de sed. Suele arrastrar la corriente árboles erradicados, trozos de setos, reses, cabañas sin destruir, las que, en la misma posición que tenían en tierra, van flotando en el río, tan callado como poderoso y depopulador.

Trasládase río arriba el desembarcadero de Santiago. Canoas y batangas, al partir, son arrastradas largo trecho por la corriente, y llegando á la orilla se remonta el río á la sirga: los barqueros dejan los remos, saltan en tierra y con una cuerda

van tirando de la embarcación río arriba hasta el lugar del desembarco.

En la estación autumnal, amengua el río hasta avadarse y dejar seca frente á la villa, á la izquierda margen, la mitad del cauce. La arena, obscura en las partes húmedas, cercanas á la corriente, cenicienta en las ya resquidas, se extiende viéndola del pueblo—desde donde el río desaparece en una ondulación y se interpone el campo lozanísimo, á cuyo término se levantan montañas azules, en el fondo de un cielo aún más azul. Sobre el ribazo de aquella margen, se descubren las primeras chozas del cortijo de La Presa, oculto entre su frondoso arbolado, de brillante verdura.

Ocupan aquella parte seca de la cuenca del río mujeres que lavan ropa y la tienden al aire sobre varales; bajo de un cobertizo la diligencia que corre por la noche á Tepic; á mayor distancia, unas cuantas chozas, posadas de arrieros, y corrales de varas para recuas; cerca de la vaguada, las enjalmes de numerosas cabalgaduras, barrilame de aguardiente, balones, pacales de algodón, cajas de azúcar, sacos de maíz y frijol, fardaje de otras mercancías, que los cargadores embarcan en las canoas, sumergiéndose en el agua hasta los muslos. En otra parte abrevan algunas caballerías metidas hasta el encuentro; otras se volquean en la arena, envolviéndose en el finísimo polvo; muchas vadean el río, caminando lentamente, una tras otra, y suena el agua con el largo rumor de una caída.

*
*
*

Al segundo día de mi llegada, martes de antruego, hubo por la tarde, como cada año, una verdadera revolución en la villa. Libráronse reñidos combates en las calles, en las encrucijadas. A los gritos de ¡Viva la hebra! ¡Muera el Rebaje! se acometían, alzando algarada, los enemigos bandos, y después de luchar, separábanse, para recorrer en tumulto las calles. Vuelos á encontrarse, peleaban de nuevo en medio de una batahola que llenaba toda la villa.

Declaráronse la guerra los gremios de comerciantes, operarios de las factorías de hilados y tejidos de algodón, barqueros y cargadores. Cada uno se distinguía por su bandera abigarrada, y llevaba á la cabeza su jefe y su clarín. Mujeres de todas edades, vestidas de blanco, muy limpias, salieron á engrosar las filas de los beligerantes, armadas, como ellos, de harina en cascarones, en saquitos, en envolvederos, y acompañaba á las turbas la música, tocando sonatas de mogingangas, como el *Papaquí*, que infundía más brío en los combatientes, les arrancaba alaridos y hacía más encarnizada la pelea.

Las bandas partían de sitios lejanos, caminaban á encontrarse, gritando vivas y mueras y enhariando á cuantas personas andaban en la calle, salían á las puertas ó se asomaban á las ventanas. Avistado el enemigo, corrían hacia él, y, llegados, se trababa la lucha á cascaronzos, á puñadas

de harina. Envolvía al garbullo una nube de harina y de polvo. De la primera refriega quedaron aquellas cabezas como encanecidas y aquellas caras como de payasos.

Presto continuaba cada gremio por distinta calle, en busca de otro, y hubo reencuentros hasta la noche, en la que se pacificó la villa y volvió á quedar solitaria y silenciosa, blanqueando de harina las calles á la débil luz de las farolas colgadas en el centro ó fijas en esquinas.



Anímase varios días con el rebullido de la feria y la fiesta patriótica anuales, que atraen á la población de los lugares comarcanos, y en la primera la invade, venida de tierras lejanas, una bandada de buhoneros, tahures, mujeres de la vida, que van á alconear, mendigos y guardufios que meten en cuidado por relojes, mascadas y portamonedas.

Fasa el pueblo la mañana de los días de feria, en las lides de gallos, en las que hay orquesta, cantadoras de valsos, polkas, danzas, y bailarinas de can-can y jarabe, desfiguradas por el enjalbiego de blanquete en cara, cuello y brazos, con mayos en el tocado, nagüilla corta de gasa, medias hasta el muslo y botines blancos; y hacen piruetas bajo el tinglado de palmeras, sobre la arena del refidero, donde corrió la sangre, se esparcieron las plumas de valientes y encoragínados gladiadores y cayeron exánimes los vencidos.

Antes del espectáculo, recorre las calles céntricas la música, al son de la cual van las cantarinas entonando valsos, polkas, danzas. Siguenlas dos por-

tadores cada uno de un gallo que llevan mostrándole al público, y entre ambos *portaestandardes*, un portafuegos arroja al aire atronadores cohetes.

La tarde es consumida en el ancho coso, año por año levantado de estípites de palmera, sombrados los palcos de hojosas ramas. Es la función clásica, la que anima la feria. Allí se entusiasma y se enfurece el pueblo; grita, silba, aplaude, abandonado al supremo goce de aquella lidia obstinada y cruenta.

Los toros son anunciados desde la víspera, por la tarde, y todo el día de la corrida, desde la madrugada, con un tambor y una chirimía á duo por las calles. Al ronco redoblar del uno, silba ladina-mente la otra, con son triste y monótono, que me hace recordar las antiguas procesiones de Semana Santa, que había en la parroquia de Jesús, en Zacatecas.

La noche está consagrada al juego, al vino y al amor.

En torno del jardín de la plaza principal se levantan tiendas de campaña, y dentro de éstas se suspenden lampiones; se arman poyatas, anaquelierías y mostradores; se colocan mesas y sillas. En una calle cubren el pavimento de guijarros las frutas y hortalizas; en otra las pescaderías, en una tercera se alinean, en doble fila, numerosos tabancos, abastecidos de fiambres y fritangas, y entre una y otra tienda hay un *mariache*. Es éste una tarima de pie y medio de alta, dos varas de longitud y una de anchura, donde toda la noche, y aun de

día, se bailan alegres jarabes al son de arpa, ó de violín y vihuela, ó de violín, redoblante, platillos y tambora, en cuarteto aturdidor. Bailan hasta cuatro personas á la vez en cada tarima, y resuena por plaza y calles circunvecinas el estruendoso tableteado del atronador jarabe. Acompañanle á veces de canciones, y con tanta destreza le bailan algunos campesinos, que colocan sobre su cabeza un vaso colmado de aguardiente ó una botella destapada y llena de licor, y no se le caen, ni se derrama una sola gota, en las vueltas vertiginosas y otros movimientos rapidísimos del baile. Rodeados están los *mariaches* de una multitud agradablemente entretenida y absorta en aquel bailar regocijado y ruidoso.

Hombres y mujeres de los pueblos, de las cortijadas, pasean por el jardín desde el obscurecer; se aglomeran, se oprimen, se empujan fuertemente, y en los ángulos del andén forman masas compactas, difíciles de contener y atravesar. Con la muchedumbre aumenta el calor en medio de la humedad de la noche: todos transpiran en abundancia; se siente cálido el aire, y una tufarada picante y hedentina.

Aquellas oleadas de pueblo, aquel ruido de feria, aquella alegría de fiesta van creciendo al paso que la noche avanza.

Bajo las iluminadas tiendas de las timbirimbas se agrupa una multitud ávida de las emociones de la apuesta, y más ávida del dinero apostado, y en silencio ve *correr* el albur, hasta contiene la respi-

ración. Levántanse en las puntas de los pies los concurrentes que se han quedado atrás, meten la cara entre las cabezas de los de adelante, y cuando el silencio es más profundo y la espectación más viva, un murmullo sigue á la aparición de la carta deseada por unos, temida por otros. Se distribuyen montones de pesos entre los gananciosos, por la fortuna socorridos, y se recogen las apuestas perdidas. Vense entonces semblantes alegres, y otros melancólicos; gente preocupada y pensativa; caras de alucinados, de desengañados y de arruinados.

Los beodos y los moceros están en las cantinas, requebrando á las escanciadoras, á las cantatrices, á las bailarinas de jarabe; rasgueando las vihuelas; cantando en coros discordantes; bailando en las tablas; bebiendo, bebiendo, y pasando la noche en pública orgía.

A los sones de las murgas y de los organillos, al estruendo de los bailes se unen las voces de los que cantan, de los que venden, de los que juegan, el rumor de la multitud que pasea, y confundida tanta variedad de sonidos, se oye en las oscuras y solitarias calles distantes, como un solo grito lejano de loca alegría.

En la calle de los tabancos hay en el centro una hilera de numerosidad de mujeres sentadas en frente de sus braceros, donde sobre el comal hierven los lardos y se aderezan las enchiladas. Atrás, junto al soportal, se pone otra hilera de mesas con tazas, pan, lechugas, butifarras; aves desplumadas, piernas de venado; y sentado á las mesas ó en tor-

no de los braceros, el pueblo bebe leche, café, atole, ó en voraces dentelladas y afanoso mandibuleo engulle ciervos, pavos, gallinas, tocino, malcocinado y enormes trozos de ternera. Chillan las fritadas, y se difunde en toda esa calle y el soportal inmediato aquel olor de embutidos y botagueñas.

Toda la noche se come, todo el pueblo cena, se ahita y se da fuerzas para una embriaguez hasta la amanecida.

La víspera de la Ascensión del Señor, principal día de la feria, afluye mayor número de visitantes; se despueblan los lugares circunvecinos, y la gente no cabe en la villa. Los mesones, atestados de forasteros, no dan lugar á nuevos huéspedes; las fondas no tienen para alimentarlos; presto quedan desmantelados los tabancos, sin satisfacer á su parroquia. En los pórticos y soportales no hay dónde poner un pie, sino sobre otro de persona sentada ó que pasa; en el jardín apenas si puede moverse aquella masa de seres humanos que pasea; las calles adyacentes son estrechas para la irrupción del gentío que empuja y arrolla á los tomajones, jugadores y curiosos de que están rodeadas las mesas de ruletas, licores y refrescos; el ancho atrio del templo cubierto está de seres humanos, sentados ó acostados.

Inmensa muchedumbre se agita toda la noche en la plaza y en torno del templo.

En el atrio se eleva altísimo castillo de pólvora, cuyo incendio mantiene á la multitud en expectación hasta la mitad de la noche. Los corredores de

fuego se suceden de la torre á la casa municipal, las cámaras dejan oír á largos intervalos su ronco trueno como de cañón, y los cohetes hunden el espacio y traquean en las alturas, ó se deshacen en estrellas titilantes de colores, en el fondo del espacio obscurecido, y caen á manera de bólidos.

En mitad de la noche se incendia el castillo: se llena de prefulgentes resplandores, formados por las girándulas en sus rápidas vueltas; se cubre de estrellones blancos, dorados, azules, rojos, violáceos; se deshace en áureo polvo; chirría al despedir el aire comprimido entre sus bombas, y se corona de rayos, despidiendo cohetes que centellean entre las altas sombras y atruenan las alturas en el silencio de la noche. La torre del templo se recorta en las tinieblas del espacio, iluminada de brillantes colores por las luces políeromas del castillo. En torno de éste se difunden sus vívidas claridades, sus radiantes fulgores, dejándonos ver las mil caras que le contemplan, rojizas, azuladas, verdosas, y distinguimos entre la multitud á personas conocidas, embelesándose en aquella quemazón lúcida, preñada de colores, de llamas, de chispas, de truenos y de nubes luminosas.

Parte del pueblo duerme en el atrio, en el jardín, en los pórticos, en las calles inmediatas; sobre las mantas donde se tiende el pescado, al pié de los sacos donde se le guarda; sobre las mesas desnudas los chicuelos, y debajo de éstas los adultos. Familias completas están apiñadas, hechas racimos, mientras otra parte del pueblo, la más nume-

rosa, prosigue en los juegos, se pasea en el jardín, bebe y baila hasta el nuevo día.

Las comparsas de indios, venidas de las cercanías, á la puerta de la iglesia empiezan desde el amanecer del día de la Ascención, su acompasado y cimétrico danzar, al son de violines gemebundos.

Entarascados los matachines con su gaitería, llevan en la cabeza un plumero reluciente de espejillos, almilla morada, nagüilla corta con lentejuela, cuentas, cascabeles y otros pelitriques, media rosada ó blanca y cendales nuevos. Al hombro, gran mascada de vivos colores y negra y larga cabellera; á la espalda la aljaba, y en las manos sonaja, arco y flecha.

Dispuestos en dos filas para danzar, suenan los violines con notas lastimeras, como llanto, como súplica llorosa, y empiezan los ordenados movimientos, las acompasadas evoluciones, con las que trazan mil figuras, acompañando el son triste é igual de los instrumentos con el de los pies y las sonajas. En mitad de la danza despiden alaridos, se hincan de rodillas, se tiran de bruces, levantan las manos al cielo en vueltas y saltos; apuntan con las flechas y hacen además de dispararlas; se cruzan, y se rodea de ellos el viejo enmascarado con una carantamaula de cretino, el monarca de luenga cabellera cana, director de aquella comparsa emplumada, crinada y vestida de todos colores.

Pasadas las misas, se estaciona el baile en el interior del templo, en donde las comparsas penetran

danzando.

Ese día el furor de la feria llega á su último límite, el entusiasmo á su más alto grado: la bacanal del día es igual á la de la noche, no cesan el baile, el juego, la embriaguez, el paseo de tumultuoso concurso en los pórticos y la plaza.

Después de la Ascención va decayendo la feria; empieza á dispersarse la muchedumbre, y el domingo siguiente concluye todo; el lunes vuelve á su antigua soledad y quietud la villa.

*
* *

El domingo anterior al quince de septiembre, en mitad del día, cuando la plaza principal está llena de gente, se publica por bando, no alguna ley que tales requilorios de promulgación exija, sino el programa de la fiesta. Marcha entonces á la voz de clarín y al son de la música, con la Junta Patriótica á la vanguardia, el destacamento de infantería acantonado en la villa. Hace alto en cada ángulo de la plaza, calla la banda, se agolpa el pueblo, se eleva encima de todos el secretario de la Junta, en voz alta lee el programa y fija un ejemplar en la esquina. Prosigue la Junta en su marcha, y á intervalos se lanzan cohetes de entre la comitiva, y se arrojan al viento ejemplares del programa, por cuya adquisición se levantan al aire cien manos, grita, corre y se revuelve arrebatifa la muchedumbre, desordenando las filas.

Presto acaba la proclamación solemne, y con ésta cesan los repiques á vuelo que ensordecieron la

plaza durante el marcial paseo.

El día quince es la fiesta de los barqueros, que compiten en fuerza y destreza en el remo y la palanca, moviendo en regatas la pesada canoa.

Multitud de espectadores invade entonces las playas, aquella interminable llanura, las canoas atracadas y los asientos dispuestos en las batangas, á los últimos resplandores de la tarde que tñen de gualda las nubecillas distantes. Al apagarse en occidente, vuelve el gentío á la animación de los pórticos, que han sido cubiertos de anchas palmas y banderas, hasta desaparecer los muros, las columnas, las arcadas, en medio de una iluminación iriscente.

Levántase bajo el pórtico de la casa municipal el altar de la patria, en el que, sobre una mesa cubierta, bajo dosel y entre pabellones de armas, se coloca, sacado del salón de cabildos, el retrato de Hidalgo, de natural tamaño, dibujados á sus pies los emisferios del viejo y el nuevo mundo, rota la cadena que los unía. Rodéasele de banderas, y á uno y otro lado se suspenden del muro revestido de lienzo tricolor, entre coronas de azucenas é inscripciones de papel, los retratos de otros caudillos de la independencia, y á lo largo del poyo adosado al muro se ponen tiestos de corazones y de nardos. A la derecha un tablado lleno de sillas; cerca del altar la tribuna; del pórtico al frontero andén de la plaza un toldo y bancos, y desde allí derramada por el jardín gran profusión de palmas, banderolas y farolillos multicolores.

La noche del quince ocupan el tablado el prefecto y los empleados de justicia y municipales. En el pórtico y bajo del toldo se sientan los escolares de ambos sexos y las familias invitadas, y se apiña el pueblo. Escúchase la música, y después de la obertura se suceden en la tribuna, turnándose conforme al programa, oradores y poetas improvisados, entre ellos un lucido juez cesante de aquel distrito, quien nos pondera cuánto le agrada *solemnizar las solemnidades*. Se lee al fin el acta de independencia, y suenan las once de la noche, hora de repiques, descargas, cohetes, himnos, dianas, aclamaciones, gritos y frenéticos aullidos de borrachos.

Entre doble hilera de pietones con hachas encendidas, precedida de la música y seguida de una turba, el prefecto y su comitiva de empleados y niños escoliastas enfilan las calles, iluminadas y limpias unas, oscuras y fangosas otras, hasta parar en una plaza, la de Morelos—vulgo de Las Sandías—llena de confusión y de desórden. Allí en mitad de un soportal, se levanta otro altar bien desmantelado: sobre una mesa desnuda, que luce su ennegrecida madera, está el padre de la patria entre abanicos de palmas y candiles humeantes. Alrededor hay sillas y una en el centro, á la que sube un orador, y de pie perora.

Su oración, como su actitud, también es pedestre: se destose, gesticula, bracea, se vuelve á un lado y á otro; ya parece que amenaza, ya que deprecia, ya que se lamenta, ya que maldice, ya que pe-

102000 6067

lea, tirando para acá un puñetazo y para allá un torniscón.....pero no se le ha oído, entre el murmullo de la concurrencia que ahoga su voz apagada y débil, sino una que otra palabra final: Hidalgo.....libertad.....pueblo.....héros.....España.....cadenas. Desciende de la silla cabizbajo, temiendo en su modestia una ovación, y, sin embargo de no habersele entendido nada, se le aplaude y recibe congratulaciones de algunos circunstantes.

En aquella plaza, agrupado á las mesas de juego y de licores, en derredor de los *mariaches*, entre músicos de acordeón y cantarinas, pasa el pueblo la noche, entregado á la báquica expansión de su regocijo patriótico, hasta saludar el alba sonriente del *día del aniversario*, con la beodez más loca y delirante.

La mañana del diez y seis de septiembre se repite la ceremonia oficial de la noche anterior. En el pórtico preside el prefecto, enfundado en su arcaica levita, enguantado, perfumado, enlozanado con auxilio del arte y del afeitte; bañado en sudor que en aquella opresión de ropa negra es más abundante y enlentece el cuello almidonado, substituido todo el año con la mascada blanca. Bajo del toldo se reúne la mitad de la villa, sentada, de pie, abochornada, sofocándose, agitando pañuelos y abanicos; asiste á oír al médico, al director de la escuela elemental y á algunos de sus discípulos aleccionados para las recitaciones.

El sol vierte sus rayos en aquella blanca lona extendida encima de las descubiertas cabezas de

los espectadores. En el silencio de todos se escucha la voz del orador que los exhorta á la unión, á la defensa de sus libertades hasta el heroísmo del martirio. Entre uno y otro discurso suena la música; y el canto coral de las niñas, las evoluciones militares de la cohorte de pequeñines escoliastas y las descargas del destacamento de infantería ponen fin á la solemnidad de aquella calurosa mañana.

La concurrencia endomingada se retira zaparras-trando y llenando las aceras. Crujen las haldas nuevas, y van rozando con las ramas de palmera que forman arcos en puertas y ventanales.

A la tarde de regatas sucede la de carreras de caballos. A éstas va también media población; invade las calles polvorosas, flanqueadas de huertos, y se agita entre el polvo que oscurece la claridad de la tibia atmósfera, opaca las telas y descolora los rostros, ya de suyo pálidos y cetrinos en aquella latitud ardiente y á veinticinco metros sobre el nivel del mar.

Por la noche arde la farolada en los pórticos y el jardín, tendida entre las hierbas, suspendida de las ramas de los árboles, como grandes flores de luz, como frutos ígneos. La noche ofrece todas sus sombras y todas sus luces, todos sus secretos y todos sus encantos para el culto de Venus, Baco y Birján. Renuévanse en la del diez y seis las noches de mayo; transcurren todas en una sola; se condensa en ésta toda la disipación de aquellas.

A las dos de la mañana, rendidos por el vino y

el fatigoso jarabe, se han abandonado á su pesada somnolencia, y tendidos en la plaza de Morelos duermen profundo sueño, hombres, mujeres y niños, sin que falten grupos de ebrios más desvelados, en torno de los *mariaches*. Cubierto está el suelo de cuerpos humanos, sobre frazadas, en el desnudo empedrado, en la hierba que á trechos se extiende, encogidos ó estirados como cadáveres que quedaran en abandono después de sangrienta riña de mil ebrios.

—:O:—

CUADRO SOMBRIO QUE ACLARA